

FÁBULAS Y LEYENDAS DE LA INDIA

Seleccionados por:
JOSEPH JACOBS

Ilustraciones:
JOHN D. BATTEN

Traducción:
Eva González Rosales





1. LA PRINCESA LABAM

Título original: Indian Fairy Tales
Selected and edited by Joseph Jacobs
Illustrated by John D. Batten

Copyright © 2016 Quaterni de esta edición en lengua española

© Quaterni es un sello y marca comercial registrados

Traducción: Eva González Rosales

Fábulas y leyendas de la India. Reservados todos los derechos.

Ninguna parte de este libro incluida la cubierta puede ser reproducida, su contenido está protegido por la Ley vigente que establece penas de prisión y/o multas a quienes intencionadamente reprodujeren o plagiaren, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución en cualquier tipo de soporte existente o de próxima invención, sin autorización previa y por escrito de los titulares de los derechos del copyright. La infracción de los derechos citados puede constituir delito contra la propiedad intelectual. (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra a través de la web: www.conlicencia.com; o por teléfono a: 91 702 19 70 / 93 272 04 47)

ISBN: 978-84-944649-1-1

EAN: 9788494464911

IBIC: FQ

QUATERNI

Calle Mar Mediterráneo, 2 – N-6

28830 SAN FERNANDO DE HENARES, Madrid

Teléfono: +34 91 677 57 22

Fax: +34 91 677 57 22

Correo electrónico: info@quaterni.es

Internet: www.quaterni.es

Editor: José L. Ramírez C.

Diseño de colección: Quaterni

Diseño de cubierta: Cuadratín

Maquetación: Grupo RC

Impresión: Gráficas Díz Tuduri, S.L.

Depósito Legal: M-5650-2016

Impreso en España

21 20 19 18 17 16 (3)

El papel utilizado en esta impresión es ecológico y libre de cloro

ÍNDICE

Índice de ilustraciones	6
Prefacio.....	7
El león y la grulla.....	11
De cómo el hijo del rajá se ganó a la princesa Labam.....	15
El corderito.....	29
Punchkin	33
La vasija rota.....	49
El violín mágico.....	51
La cruel grulla burlada.....	57
Laili enamorada.....	61
El tigre, el brahmán y el chacal	75
El hijo del adivino	79
Harisarman.....	91
El anillo mágico.....	95
La tortuga parlanchina	103
Cien mil rupias por un pequeño consejo	107
La serpiente de oro	115
El hijo de siete reinas.....	117
Una lección para los reyes	127
La soberbia precede a la caída.....	131
Rajá Rasalu	135
El asno con piel de león.....	147
El campesino y el prestamista.....	149

El muchacho que tenía una luna en la frente y una estrella en la barbilla.....	153
El príncipe y el faquir	173
Por qué se reía el pez	179
El demonio del cabello enmarañado.....	187
La ciudad de marfil y la princesa encantada.....	193
De como el Sol, la Luna y el Viento salieron a cenar.....	207
Cómo fueron engañados los malvados hijos	209
La paloma y el cuervo.....	211

ÍNDICE DE ILUSTRACIONES

I. La princesa Labam.....	2
II. El león y la grulla	13
III. Los prisioneros de Punchkin recuperan la libertad..	45
IV. Cómo recuperó la juventud la enamorada Laili.....	72
V. El anillo mágico	97
VI. El hijo de siete madres	121
VII. El rajá Rasalu juega al chaupar con el rajá Sarkap...	146
VIII. El niño con la luna en la frente	163
IX. El demonio del cabello enmarañado	189

PREFACIO

Del extremo occidental del mundo indoeuropeo pasaremos este año al extremo oriental. Desde la lluvia y las verdes praderas de Gaeldom iremos en busca del estridente sol y la árida tierra de los hindúes. En el territorio de Irlanda, la creencia en hadas, gnomos, ogros y monstruos está prácticamente extinta; en la India todavía florece gracias al ímpetu del animismo.

La localización y los personajes de los cuentos de hadas son distintos, pero las tramas y los acontecimientos, así como el tratamiento que reciben, son los mismos. La mayor parte de los cuentos de esta obra son conocidos en Occidente, aunque es difícil explicar su existencia simultánea en los lejanos Occidente y Oriente. Algunos (como Benfey en Alemania, M. Cosquin en Francia y el señor Clouston en Inglaterra) han declarado que la India es el país de origen del cuento de hadas y que todos los relatos europeos fueron traídos de allí por los cruzados, los misioneros mongoles, los gitanos, los judíos, los mercaderes y los viajeros. La cuestión aún está sometida a juicio y solo es posible enfrentarse a ella como abogado. Según los datos, debería estar preparado, dentro de ciertos límites, para presentar mi alegato en defensa de la India. Más de un tercio del total de los cuentos de hadas habituales entre los niños europeos provienen de la India. En concreto, el origen de la mayor parte de los relatos cómicos y canciones puede ser rastreado, sin mucha dificultad, hasta la península india.

No hay duda de que existen abundantes evidencias de la temprana transmisión literaria de un considerable número de cuentos cómicos y leyendas de la India en la época de las Cruzadas. Las recopilaciones conocidas en Europa bajo los títulos de *Fábulas de Bidpai*, *Los siete maestros sabios*, *Gesta Romanorum* y *Barlaam y Josafat* fueron extremadamente populares durante la Edad Media y sus contenidos pasaron por un lado a los *Exempla* de los predicadores monásticos y por otro a la *Novelle* de Italia, para, por consiguiente, contribuir mucho tiempo después al drama isabelino. Es posible que el origen de casi una décima parte de las tramas principales de los cuentos populares europeos pueda ser rastreado hasta esta fuente.

En el caso de una parte de la literatura popular, las fábulas o cuentos de animales, existen indicaciones de un contacto incluso anterior entre Europa e India. En una elaborada disertación¹ he llegado a la conclusión de que un buen número de las fábulas que se adjudican al esclavo de Samos, Esopo, provenían de la India, probablemente de la misma fuente, ya que los mismos cuentos fueron utilizados en los Jatakas o historias del nacimiento de Buda. Estos Jatakas contienen una gran cantidad de primeros y genuinos cuentos populares indios, y forman la primera recopilación de cuentos populares del mundo, una especie de Grimm indio, reunido más de dos mil años antes de que los buenos hermanos alemanes se aventuraran en el folclore con tan deliciosos resultados. Por esta razón, he incluido un buen número de ellos en este volumen, y me sorprendería si los cuentos que han provocado las risas y el asombro de los piadosos budistas durante los últimos dos mil años no produjeran el mismo efecto en los niños ingleses. Los Jatakas cuentan con afortunadas traducciones, enérgicas y concisas, y me alegro de publicar la traducción de dos nuevos, amablemente traducidos al inglés para esta obra por W. H. D. Rouse, del Christ's College de Cambridge. En uno de

1 *Historia de la Fábula Esópica*, el volumen introductorio a mi edición de las *Fábulas de Esopo* de Caxton (Londres, Nutt, 1889).

ellos creo haber encontrado la fuente del Niño de Brea de «Tío Remo»².

Aunque los cuentos de hadas indios sean los de existencia más antigua, son los más jóvenes desde otro punto de vista, ya que hace solo veinticinco años que la señorita Frere comenzó la recopilación moderna de los cuentos populares indios en su encantador *Old Deccan Days* (Londres, John Murray, 1868; cuarta edición, 1889). Su ejemplo ha sido seguido por la señorita Stokes, por la señora Steel y el capitán (ahora comandante) Temple, por el pandit Natesa Sastri, por el señor Knowles y el señor Campbell, así como por otros que han divulgado cuentos populares en publicaciones periódicas como *Indian Antiquary* y *The Orientalist*. El almacén de historias de la India ha dado muchos y buenos frutos durante el último cuarto de siglo, aunque el inmenso tamaño del país deja espacio a cualquier trabajador y recopilación adicional. Incluso en lo que respecta al material ya reunido, gran parte de las tramas más comunes en los cuentos populares europeos se han encontrado en la India. No tenemos criterio para juzgar si los trajeron o nacieron aquí, pero ya que el origen de algunos de ellos ha sido datado hace más de un milenio, la presunción es a favor de un origen indio.

De todas estas fuentes (de los Jatakas, de Bidpai y de las más recientes recopilaciones) he seleccionado las historias que arrojan más luz en el origen de las fábulas y los cuentos populares, y que han de ser al mismo tiempo más atractivas para los niños ingleses. Sin embargo, no he incluido demasiadas historias del tipo de los Grimm para no repetir el contenido de los dos volúmenes precedentes de esta serie. Esto ha debilitado, hasta cierto punto, el caso de la India tal como la representa este libro. La necesidad de complacer a los más jóvenes ha alejado mi selección del bien llamado «Un océano

2 «Tío Remo» es una recopilación de fábulas, canciones y folclore oral de los afroamericanos del sur de Estados Unidos, adaptada y reunida por Joel Chandler Harris y publicada en 1881 (N. de la T.).

de historias», *Katha-Sarit Sagara* de Somadeva. He usado traducciones de las historias en pali y sánscrito, sobre todo de Benfey, en alemán, o del profesor Rhys-Davids, en vigoroso inglés, a quienes tengo que agradecer su permiso para usar sus versiones de los Jatakas.

He conseguido hacer de este libro una recopilación representativa de los cuentos de hadas de la India gracias a la amabilidad de sus recopiladores o editores originales. Quiero dar las gracias especialmente a la señorita Frere, que amablemente hizo una excepción en mi favor y me concedió el uso de la deliciosa historia «Punchkin» y de la singular leyenda «De cómo el Sol, la Luna y el Viento salieron a cenar». La señorita Stokes ha sido igualmente amable al concederme el uso de los peculiares especímenes de sus *Indian Fairy Tales*. Al comandante Temple le debo la ventaja de seleccionar de su admirable *Wideawake Stories*, y Kegan Paul, Trench & Co. me han permitido usar *Folktales of Kashmir* del señor Knowles en su Biblioteca Oriental; y W. H. Allen ha sido igualmente servicial respecto al *Tales of the Sun*, de Kingscote. El señor M. L. Dames me ha permitido contribuir a la recopilación de historias de la India concediéndome el uso de una de sus colecciones inéditas de cuentos populares baluchis.

Tengo que alegrarme de nuevo por la colaboración con mi amigo el señor J. D. Batten, que ha dado forma divertida o hermosa a las creaciones de la imaginación popular de los hindúes. No es poca cosa personificar, como él ha hecho, la elegancia y el humor tanto de los celtas como de los hindúes. Es solo una prueba más de que los cuentos de hadas son algo más que celtas o hindúes. Son humanos.

Joseph Jacobs

EL LEÓN Y LA GRULLA

Un bodhisattva nació en la región de Himavanta como una grulla blanca; en ese momento Brahmadata reinaba en Benarés. Resultó que, mientras un león comía carne, un hueso se le quedó atascado en la garganta. La garganta se le hinchó y no podía comer nada; su sufrimiento era terrible. Una grulla que estaba posada en un árbol buscando comida, le preguntó al verlo:

—¿Qué te ocurre, amigo?

El león le contó lo que pasaba.

—Yo puedo librarte de ese hueso, amigo, pero no me atrevo a entrar en tu boca por miedo a que me comas.

—No tengas miedo. Si me salvas la vida, no te comeré.

—Muy bien —dijo la grulla, e hizo que el león se tumbara sobre su costado izquierdo. Pero, pensando para sí misma: «Quién sabe qué hará este tipo», colocó un pequeño palo entre sus dos mandíbulas para que el león no pudiera cerrar la boca, metió la cabeza en el interior de su garganta y golpeó un extremo del hueso con el pico, con lo cual se desprendió. Tan pronto como el hueso cayó, la grulla salió de la boca del león, golpeó el palo con el pico para soltarlo y se posó en una rama. El león se recuperó rápidamente y poco después estaba comiéndose a un búfalo que había matado cuando la grulla, pensando: «Voy a tantearlo», se posó en una rama cercana y le recitó esta primera estrofa:

«¡Rey de las Bestias! ¡Su Majestad!

Un servicio le hemos prestado

Y nos tiene que escuchar.
¿Qué recibiremos a cambio?».

En respuesta, el león recitó la segunda estrofa:

«Has estado entre mis dientes,
Aunque siempre estoy buscando presas.
Confórmate con seguir vivo
Pese a mis costumbres aviesas».

Entonces la grulla replicó con otras dos estrofas:

«Es incapaz de devolver el bien
Que le hicieron en el pasado.
Es un desagradecido.
Debí haberlo imaginado».

«Con mi evidente buena acción,
No he ganado su amistad.
Será mejor que me marche,
Sin arriesgar mi seguridad».

Y, tras decir esto, la grulla se marchó volando.

Y cuando el gran Maestro, el Buda Gautama, contaba esta historia, solía añadir: «Porque en aquel momento el león era Devadata³, el Traidor, y la grulla blanca era yo mismo».

3 Monje budista perverso y arrogante que, según la tradición, fue condenado al infierno en vida debido a sus actos.



II. EL LEÓN Y LA GRULLA

DE CÓMO EL HIJO DEL RAJÁ SE GANÓ A LA PRINCESA LABAM

En cierto país había un rajá cuyo único hijo salía cada día a cazar. Un día, la rani⁴, su madre, le dijo:
—Puedes cazar allá donde te plazca, excepto en aquella dirección.

Le prohibió esto porque sabía que, si iba en esa dirección, oiría hablar de la hermosa princesa Labam y entonces los abandonaría para ir a buscarla.

El joven príncipe escuchó a su madre y la obedeció durante algún tiempo; pero un día, mientras estaba cazando en los terrenos que tenía permitidos, recordó lo que le había dicho la reina y decidió ir a ver por qué le había prohibido cazar allí. Cuando llegó se encontró en una jungla en la que vivían una gran cantidad de loros. El joven rajá disparó algunas flechas y, de inmediato, todos alzaron el vuelo. Todos menos uno, que era su rajá y que se llamaba Hiranman.

Cuando el loro Hiranman se descubrió solo, gritó al resto de aves:

—No huyáis dejándome solo cuando el hijo del rajá nos dispara. Si me abandonáis de este modo, se lo contaré a la princesa Labam.

Entonces todos los loros, parloteando, volvieron con su rajá. El príncipe estaba enormemente sorprendido.

4 Reina (N. de la T.).

—¡Vaya, estos pájaros saben hablar! —Y se dirigió a los loros—: ¿Quién es la princesa Labam? ¿Dónde vive?

Pero los loros no le contaron dónde vivía.

—Jamás podrás llegar al país de la princesa Labam —fue todo lo que le respondieron.

Como no le dijeron nada más, el príncipe se puso muy triste; tiró su arma y se marchó a casa. Cuando llegó allí no comió ni habló. Pasó cuatro o cinco días tumbado en su cama, y parecía muy enfermo.

Al final, contó a sus padres que quería ir a buscar a la princesa Labam.

—Debo ir —dijo—. Debo descubrir cómo es. Decíme dónde está su país.

—No sabemos dónde está —le contestaron sus padres.

—Entonces debo partir para buscarlo —dijo el príncipe.

—No, no —le pidieron—, no puedes abandonarnos. Eres nuestro único hijo. Quédate con nosotros. Jamás encontrarás a la princesa Labam.

—Debo intentar encontrarla —dijo el príncipe—. Quizá Dios me enseñe el camino. Si vivo para encontrarla, volveré con vosotros; pero quizá muera y jamás vuelva a veros. Aun así, debo partir.

Así que tuvieron que dejarlo marchar, aunque lloraron mucho al despedirse de él. Su padre le entregó elegantes ropas y un buen caballo. Y se llevó su pistola, su arco y sus flechas, y muchas otras armas.

«Podría necesitarlas», pensó.

Su padre también le entregó una bolsa llena de rupias.

Entonces subió a su caballo, preparado para el viaje, y dijo adiós a sus padres. Su madre cogió su pañuelo, envolvió algunas golosinas y se lo entregó.

—Hijo mío —le dijo—. Cuando tengas hambre, come algunos de estos pasteles.

El joven partió entonces en su viaje, y cabalgó y cabalgó hasta que llegó a un bosque en el que había un aljibe y árboles que proporcionaban sombra. Se bañó y refrescó a su caballo en el aljibe, y después se sentó bajo un árbol.

—Ahora —se dijo—, me comeré algunos de los pastelillos que me ha dado mi madre y beberé un poco de agua. Después continuaré mi viaje.

Abrió su pañuelo y sacó una golosina, pero encontró una hormiga en ella. Sacó otra; también había una hormiga en aquella. Dejó los dos pastelillos en el suelo y sacó otro, y otro, y otro, hasta que los hubo sacado todos y en cada uno de ellos encontró una hormiga.

—No importa —se dijo—. No me comeré los pasteles; que se los coman las hormigas.

Entonces el rajá de las hormigas se presentó ante él.

—Has sido bueno con nosotras. Si alguna vez estás en problemas, piensa en mí e iremos a auxiliarte.

El hijo del rajá le dio las gracias, montó en su caballo y continuó su viaje. Cabalgó y cabalgó hasta que llegó a otra jungla, donde un tigre que tenía una espina en la pata rugía estruendosamente por el dolor.

—¿Por qué ruges así? —le preguntó el joven rajá—. ¿Qué te ocurre?

—Hace doce años que me clavé una espina en la pata —le respondió el tigre— y me duele mucho. Por eso rujo.

—Bueno —se ofreció el hijo del rajá—. Yo te la sacaré. Pero quizá, como eres un tigre, cuando te haya ayudado que-rrás comerme.





—Oh, no —le aseguró el tigre—. No te comeré. Ayúdame.

Entonces el príncipe sacó un pequeño cuchillo de su bolsillo y extrajo la espina de la pata del tigre; pero, al hacerlo, el tigre rugió más fuerte que nunca... Tan fuerte que su esposa lo oyó desde la jungla y llegó brincando para ver qué ocurría.

El tigre la vio llegar y escondió al príncipe para que ella no lo viera.

—¿Qué hombre te ha hecho daño para que hayas rugido de ese modo? —le preguntó la tigresa.

—Nadie me ha hecho daño —respondió el marido—, pero el hijo de un rajá me ha sacado la espina de la pata.

—¿Dónde está? Muéstramelo —pidió la esposa.

—Si me prometes que no lo matarás, lo llamaré.

—No lo mataré; solo quiero conocerlo.

Entonces el tigre llamó al hijo del rajá y su esposa le dio las gracias efusivamente. Después le proporcionaron una buena cena y se quedó con ellos durante tres días. El muchacho examinaba la pata del tigre cada día y el tercer día estaba totalmente sanada, así que se despidió de los tigres.

—Si alguna vez te metes en líos, piensa en mí e iremos a ayudarte —le dijo el tigre.

El hijo del rajá cabalgó y cabalgó hasta llegar a un tercer bosque. Allí encontró a cuatro faquires cuyo maestro y profesor había muerto dejando cuatro cosas: un camastro, que llevaba a quien se sentara en él al lugar al que deseara ir; una bolsa, que daba a su propietario cualquier cosa que quisiera, ya fueran joyas, comida o ropa; un cuenco de piedra que proporcionaba a su propietario tanta agua como quisiera, sin importar qué lejos estuviera de un aljibe; y un palo y una cuerda a los que su dueño solo tenía que decir, si alguien quería enfrentarse a él: «Palo, golpea a todos los hombres y soldados que hay aquí», y el palo los golpeaba y la cuerda los ataba.

Los cuatro faquires estaban peleando por aquellas cuatro cosas. Uno decía: «Quiero esto» y otro contestaba: «Ni pensarlo, lo quiero yo», y así todo el rato.

El hijo del rajá les dijo:

—No peleéis por estas cosas. Yo dispararé cuatro flechas en cuatro direcciones diferentes. El primero en llegar hasta mi primera flecha podrá quedarse con el primer objeto: la cama. Quien llegue a la segunda flecha se quedará lo segundo: la bolsa. El que recupere la tercera flecha se quedará con el tercer artilugio: el cuenco. Y el que consiga la cuarta flecha se quedará con lo último: el palo y la cuerda.

Accedieron y el príncipe lanzó su primera flecha. Los faquires corrieron a buscarla. Cuando la trajeron de vuelta, disparó la segunda, y cuando la encontraron y la llevaron de vuelta disparó la tercera, y cuando le devolvieron la tercera disparó la cuarta.

Mientras estaban lejos buscando la cuarta flecha, el hijo del rajá soltó a su caballo y se sentó en el camastro con el cuenco, la bolsa, el palo y la cuerda. Entonces dijo:

—Cama, deseo ir al país de la princesa Labam.

La pequeña cama se levantó en el aire instantáneamente y comenzó a volar, y voló y voló hasta que llegó al país de la princesa Labam. Entonces, el hijo del rajá preguntó a unos hombres:

—¿Qué país es este?

—El país de la princesa Labam —contestaron. Y el príncipe continuó su camino hasta que llegó a una casa donde vivía una anciana.

—¿Quién eres? —le preguntó la mujer—. ¿De dónde vienes?

—Vengo de un país lejano —le explicó—. Déjame quedarme contigo esta noche.

—No —le respondió la anciana—. No puedo dejar que te quedes conmigo, ya que nuestro rey ha prohibido que los hombres de otros países pernecten en este país. No puedes quedarte en mi casa.

—Venga, abuela —insistió el príncipe—. Deja que me quede contigo solo esta noche. Verás: ya ha anochecido y, si me adentro en la jungla, las bestias salvajes me comerán.

—Bueno —dijo la anciana—, puedes quedarte aquí esta noche, pero mañana por la mañana tendrás que irte, porque si el rey se entera de que has pasado la noche en mi casa, hará que me detengan y me metan en la cárcel.

Entonces lo llevó a su casa. El hijo del rajá estaba muy contento. La anciana comenzó a preparar la cena, pero él la detuvo.

—Abuela, yo me ocuparé de la comida. —Metió la mano en su bolsa y dijo—: Bolsa, quiero algo para cenar.

Y la bolsa le proporcionó de inmediato una cena deliciosa servida en dos bandejas de oro. La anciana y el hijo del rajá cenaron juntos.

Cuando terminaron de comer, la anciana dijo:

—Ahora iré a buscar agua.

—No vayas. Tendremos agua de sobra inmediatamente.

—Así que cogió su cuenco y dijo—: Cuenco, quiero agua.

Y el cuenco se llenó de agua. Cuando estuvo lleno, el príncipe gritó:

—¡Cuenco, detente!

Y el cuenco dejó de llenarse.

—¿Ves, abuela? Con este cuenco siempre tengo tanta agua como quiero.

Para entonces, la noche ya había llegado.

—Abuela —dijo el hijo del rajá—, ¿por qué no enciendes una lámpara?

—No es necesario —le contestó ella—. Nuestro rey ha prohibido que la gente de este país encienda lámparas porque, tan pronto como oscurece, su hija, la princesa Labam, sale a sentarse en su tejado. La joven es tan hermosa que su rostro ilumina todas las casas del país y podemos ver lo que hacemos igual que si fuera de día.

Cuando cayó la negra noche, la princesa se levantó, se vistió y engalanó majestuosamente y se recogió el cabello, que se adornó con una diadema de diamantes y perlas. Resplandecía como la luna y su belleza convirtió la noche en día. Salió de su habitación y se sentó en el tejado de su palacio. Durante el día nunca salía de casa; solo salía durante la noche. Todos los súbditos del país de su padre aprovechaban entonces para terminar sus labores.

El hijo del rajá observó a la princesa en silencio. Se sentía muy dichoso.

«¡Qué encantadora es!», pensó.